

EL LUGAR SOCIAL DE LOS PRIMEROS MARIANISTAS

Revisión del primer volumen de Historia de la Compañía de Antonio Gascón:

Historia general de la Compañía de María: La Compañía de María en el movimiento congregacional del siglo XIX – Fundación, misión y configuración institucional, 1817-1875 (Madrid: Servicio de Publicaciones Marianistas, 2007).

El primer volumen de la historia general de la Compañía de María de Antonio Gascón Aranda es una realización notable. Logra integrar la gran cantidad de material y realiza una síntesis que está llamada durante muchos años a sentar autoridad y ser omni-comprehensiva. Más allá de otras historias de congregaciones, enriquece nuestra comprensión con una inmensa cantidad de detalles y proporciona un cuadro de conjunto para interpretar nuestra historia. En mi opinión este primer volumen justifica ampliamente el esfuerzo hecho por la Compañía y la Provincia de Madrid al liberar al autor para emprender esta obra voluminosa. Estimula nuestro apetito para los volúmenes sucesivos.

Hacia una “Historia Total”

La lectura del primer volumen me ha fascinado por el esfuerzo en situar la historia marianista dentro de una historia social, institucional, eclesiástica, política y económica más amplia. Para apreciar y valorar las realizaciones de los primeros marianistas, es muy importante comprender su contexto social. Es necesario comprender no sólo el ambiente político y eclesiástico en el que trabajaron, sino también el contexto material y social de sus vidas cotidianas. Gascón ha dado grandes pasos en esta dirección.

Creo que los siguientes volúmenes de su historia se pueden enriquecer con un uso todavía mayor de los métodos de los historiadores de la escuela de los *Annales* (Fernand Braudel, Marc Bloch, etc.), intentando una “historia total,” con mayor atención a los factores socioeconómicos de la vida diaria. Por ejemplo, Gascón hace muchas referencias generales a la comida, el vestido, los empleados domésticos, las formas de oración, los libros de lectura, el tabaco, el corte del pelo, etc. Los marianistas mayores damos por supuesto esas cosas por experiencia, pero podemos sorprendernos de tantos detalles que han sido olvidados hace tiempo. Y las futuras generaciones que usarán esta historia, la mayoría de ellos originarios de sociedades no europeas, necesitarán más detalles específicos.

Recuerdo, por ejemplo, la sorpresa de muchos de nosotros al admirar la elegante vajilla de comedor con las iniciales del Colegio Stanislas grabadas en ellas, conservada todavía en el Administración General. Son evidentes productos artesanos de una cultura de la alta burguesía. ¿Era ésta típica de otras comunidades marianistas? Cuestiones parecidas de la vida ordinaria me vienen a la mente: ¿cuándo empezó cada religioso a tener una habitación privada? ¿Qué se podía llevar de una comunidad a otra? ¿Qué tipo de comida tenían los marianistas del s. XIX, sobre la que hablaban tanto? ¿Qué

podemos aprender de su estilo característico de arquitectura? ¿De las capillas que decoraron? ¿De los libros de oración e incluso de los libros de texto que editaron? Y, muy importante, ¿cuál era su nivel de vida en comparación con las personas a las que ofrecían sus servicios?

¿Han sido siempre los marianistas “burgueses”?

Gascón afirma repetidas veces que la historia de la Compañía durante este período es una historia de adaptación a lo que llama sociedad burguesa del s. XIX. Para sintetizar su gran cantidad de material, usa abundantemente el término “*burgués*” para caracterizar el ambiente social de los primeros marianistas. Este término, clave en la obra de Gascón, me ha intrigado y estimulado y al mismo tiempo me ha inquietado y despertado mi conciencia crítica.

¿Qué es exactamente *burgués*? ¿Es esta concepción verdaderamente adecuada como categoría general para describir la realidad de la vida y el ministerio de los primeros marianistas? Las consideraciones críticas que siguen tienen que ver sobre todo con esta cuestión, que es una de las claves en la historiografía de Gascón. Estas reflexiones se ofrecen con la intención de cuestionar y matizar la aplicación de esta categoría como concepto **omni-comprensivo** de la historia marianista. De ninguna manera pretendo que estas anotaciones críticas disminuyan mi aprecio de la obra de Gascón y mi total admiración. A lo más, quizás los siguientes comentarios pueden tener su valor para los futuros tomos de este voluminoso proyecto en curso.

Dificultades especiales para los traductores y lectores de habla inglesa

El término y concepto *burgués* presenta algunas dificultades en el mundo de habla inglesa. Aunque el término (normalmente escrito en itálica como préstamo extranjero) se usa y se comprende en las historias en inglés referidas a la Europa continental, es muy poco usado por la cultura de habla inglesa en referencia a sí misma. La cultura burguesa es vista como un fenómeno típicamente continental, un concepto limitado a las culturas extrañas a la herencia de habla inglesa. Quizás lo que más se le aproxima es el término “Victoriana,” (época de la reina Victoria), que difícilmente se puede usar en relación con la historia marianista.

Algunas palabras inglesas posibles que se me ocurren como traducciones de *burgués* en varios pasajes de la obra de Gascón son “sociedad convencional,” “sociedad civil,” “clase alta,” “clase media adinerada,” “the establishment,” caracterizado por una “moral de la clase media” y la búsqueda de un “ascenso social”. Adjetivos que me vienen a la mente equivalentes a *burgués* en diferentes pasajes del texto de Gascón son “comercial”, “empresarial”, “capitalista,” y “utilitarista.” ¿Debemos hablar de “capitalismo liberal” o “valores de las clase media” o “sociedad civil convencional”? La palabra *burgués* en inglés, incluso si escribe en letras cursivas (*bourgeois*) difícilmente puede comportar tal pluralidad y densidad de significados.

El problema con este concepto, por parte de los católicos de habla inglesa, viene en buena parte del hecho de que, antes de la Primera Guerra Mundial, sus predecesores eran masivamente de las clases pobres obreras, ciertamente no de ninguna clase de burguesía. La masa de los católicos de habla inglesa era o agricultores (en Irlanda o en

la frontera americana) o miembros de la clase obrera. En la revolución industrial surgió en Inglaterra y en América una clase media adinerada, pero no era católica. Dominaba la sociedad, pero rechazaba los valores católicos. La vida católica durante el siglo XIX en el mundo de habla inglesa se desarrolló como una defensa contra ella. Aunque existían personas individuales católicas ricas y algunos católicos descendientes de la nobleza inglesa, el tono cultural del catolicismo de habla inglesa lo daban las clases campesinas y obreras. Una pequeña minoría, apoyada un poco en Inglaterra por el Movimiento de Oxford, formó una élite intelectual con una mentalidad que puede ser comparada a la burguesía continental católica ultramontana, pero su influencia sobre la vida ordinaria de la Iglesia fue mínima. En América, algunos hablaban con ironía del “pretencioso irlandés,” para caracterizar los emigrantes de clase obrera con pretensiones de cultura de las clases sociales más altas. Éstos nunca dieron el tono de la vida cultural católica, y ciertamente los marianistas tuvieron poco contacto con ellos.

Sociedad Burguesa: Un concepto polivalente y discutido

Incluso para aquellos de las culturas europeas continentales, el uso que hace Gascón, el término burgués me parece excesivo y polivalente. Elementos de la sociedad burguesa, tal como él la caracteriza, incluyen materias tan heterogéneas como sentimentalismo, preocupación por el orden, respeto y laboriosidad, una moderada opción por el progreso, modernidad, liberalismo, democracia, industrialización, capitalismo liberal y catolicismo fiel, devocional y ultramontano. Gascón señala que la burguesía del s. XIX estaba interesada en el progreso, modernidad, riqueza, desarrollo económico y social; optaba por el orden, el desarrollo, la expansión económica y la utilidad pública. Describe algunas características notables de la primera industrialización (centralización, uniformidad, disciplina, regularidad, productividad) como “principios burgueses de orden” (cf. pp. 401-11) y “condiciones de prosperidad” (p. 725). A pesar de la apertura de la ideología burguesa al progreso industrial y al desarrollo económico, muestra cómo la ideología burguesa era anti-socialista, anti-radical, preocupada en cambio por el orden, la estabilidad, la utilidad y el profesionalismo.

En muchos vigorosos pasajes Gascón propone, formula y reformula su tesis respecto a la vida marianista como un reflejo de la sociedad burguesa. Habla en términos que evocan la descripción de Max Weber de la ética protestante, de una “mentalidad burguesa que impone los valores del trabajo, del enriquecimiento y del ascenso social” (p. 284), y del “*ethos* burgués: una representación de la vida cuyas virtudes no buscan otro fin que el acrecentamiento de la riqueza por medio del saber práctico, el trabajo, el orden, el cálculo y la prudencia en la actividad económica” (p. 448). La burguesía, señala, defendía la propiedad privada como un valor inalienable, promoviendo el lucro social y la seguridad de los bienes privados como los únicos principios que debían ser defendidos por la ley civil. Refiriéndose a los primeros años de la Tercera República, habla de un “orden moral” republicano burgués, dedicado a una economía del *laissez-faire*, a la estabilidad social, a la prosperidad y al oportunismo (p. 745), y de un “régimen conservador en manos de la gran burguesía, que perseguía una política en correspondencia con sus intereses de clase, sin prestar atención a las necesidades de los campesinos, la pequeña burguesía y la clase obrera” (p. 746).

Aplicando esta mentalidad a la vida religiosa, Gascón sostiene que “los mismos principios de orden y buena administración, trabajo, ahorro y eficacia en la misión pasaron a configurar la vida religiosa decimonónica, como perfecta inculturación en la formulación burguesa de la vida” (p. 448). Respecto a la Compañía de María, caracteriza el período posterior a 1871 como uno de “plena adaptación de la vida y misión marianista a la cultura de la burguesía” (p. 744).

Muchos de estos puntos eran sin duda verdad en algunos lugares entre la élite de las autoridades marianistas. Sin embargo, no se debe olvidar que muy pocos religiosos marianistas que entraron en la Compañía antes de 1950 crecieron en familias burguesas. No creo que esta concepción de adaptación a la cultura burguesa pueda extenderse universalmente a la historia marianista. A mi parecer, el concepto de cultura burguesa, tal como lo usa Gascón, parece demasiado general, amorfo y enciclopédico. En último análisis, ¿está diciendo algo más que las primeras generaciones de marianistas participaron en la típica cultura convencional de su tiempo?

¿Eran los marianistas del s. XIX uniformemente burgueses?

En cualquier caso, aceptando incluso su polivalencia y falta de claridad, me pregunto si la categoría de sociedad burguesa es realmente apropiada como concepto general para describir la vida de las primeras generaciones marianistas.

En Francia, como el propio Gascón señala, la gran mayoría de los primeros marianistas hasta 1870 trabajaban en la educación primaria en poblaciones rurales con hijos de campesinos, ya sea pequeños propietarios agrícolas o trabajadores alquilados en el campo. Algunos otros marianistas en este primer período trabajaban con los niños de la clase urbana trabajadora, con huérfanos o en escuelas de “artes y oficios.” En muchas ciudades aparece claro que la escuela es vista como la solución para “civilizar” y formar a los niños de la clase obrera para ser ciudadanos útiles. Quizás se puede argumentar que la mentalidad y las ideas directrices en la educación eran las de la burguesía, pero yo creo que la mayoría de los marianistas franceses de las dos primeras generaciones trabajaban con personas campesinas y con la clase obrera, no con la burguesía. Los marianistas se proponían conscientemente cristianizarlos, mientras que los patrocinadores de las escuelas querían “civilizarlos”.

Gascón está interesado en mostrar cómo el estilo de vida burgués requería educación universal y como las escuelas marianistas sirvieron así a promover lo que llama desarrollo burgués de la sociedad católica. Deja claro que, como muchas nuevas congregaciones religiosas del s. XIX, los marianistas fueron parte de la historia de la modernización del catolicismo, asumiendo tareas evangelizadoras concretas en obras de utilidad social, preparando estudiantes para las típicas carreras modernas como comerciantes, hombres de negocios, industriales, empleados de ferrocarril... etc. (p. 498). Todo eso es sin duda claro. Cada una de las corrientes y mentalidades heterogéneas que Gascón caracteriza como burguesas aparecen en la sociedad europea del s. XIX y cada una ejerció su influencia sobre los marianistas en ciertas áreas. Pero en las primeras generaciones la mayoría de los marianistas no estaban trabajando con los católicos burgueses.

La Burguesía como beneficiaria de la reorientación marianista

Una opción consciente por la sociedad burguesa y los valores burgueses parece ciertamente aplicable a todo lo que conocemos de ese brillante pero **excéntrico** educador, el primer marianista, Jean-Baptiste Lalanne. Gascón nos dice que sus proyectos “querían preparar a los jóvenes para trabajar en la economía moderna industrial y comercial” inculcando “un sentido burgués práctico de ‘lo bello, lo útil y lo posible’” (p.565). Siguiendo la guía de Lalanne alguno pensó que la educación de la burguesía era la única razón de ser de la Compañía de María. Gascón nos dice que “en 1876 Bel sostenía que la Compañía de María había sido fundada para dirigir sus medios educativos hacia la burguesía; pues las clases pobres estaban atendidas por los Hermanos de las Escuelas Cristianas y la nobleza por los Jesuitas” (p. 453).

Gascón nos muestra que el argumento de Bel encontró gran oposición entre muchos otros marianistas contemporáneos, incluidos las autoridades supremas, pero todavía parece estar de acuerdo con Bel en la medida en que “...la burguesía necesitaba de la enseñanza media y superior para preparar a sus hijos para la dirección y gestión de los negocios y empresas familiares, ocupar los puestos de la administración pública y órganos de gobierno del Estado y desempeñar las profesiones liberales en la sociedad civil” (p. 454).

La tesis de Gascón parece tomar el Colegio Stanislas bajo Lalanne y sus sucesores en el período 1854-1903 como paradigma de la misión marianista, copiado o imitado en tan diversos ambientes como Madrid, Cádiz, San Sebastián, Roma, Pallanza, Cannes, y prefigurado ya en Burdeos, Layrac y Saint-Remy. ¿Eran tales indudables obras burguesas el centro de la misión marianista en todos los lugares y desde el principio? O ¿eran más bien, para muchos marianistas, una excepción no frecuente y prestigiosa?

Después de 1870, a causa de la anexión de Alsacia al Imperio Prusiano y a causa de los cambios de legislación francesa iniciados por políticos anticlericales, las escuelas rurales para los campesinos y para las clases trabajadoras en Francia quedaron prácticamente cerradas a la actividad de los religiosos. Como consecuencia, los marianistas franceses de la tercera generación ascendieron en la escala social, en comunidades grandes, al servicio de instituciones urbanas de pago que atendían a una clase media más adinerada. Unos pocos de estos establecimientos habían sido ya fundados por Lalanne y otros, y pronto este tipo de obra al servicio de la burguesía católica francesa se multiplicó.

En algunos lugares y períodos, Gascón deja claro que la vida religiosa marianista estuvo masiva y conscientemente dedicada a desarrollar un tipo de sociedad burguesa clásica y a asegurar su vinculación con la fe católica. Las primeras fundaciones marianistas en España e Italia, hechas en los años 1880, reflejan claramente esta mentalidad. Esas fundaciones, con pocas excepciones, estaban orientadas a la burguesía católica desde los comienzos.

Una posición similar caracterizaba algunas obras marianistas fuera de Europa. Por ejemplo nuestras fundaciones en el norte de África, que fueron numerosas durante un breve período, de 1880 hasta la Primera Guerra Mundial, parecían atender a los propietarios de tierras europeos, sin excluir a los árabes u otros. Esta posición ha podido

influenciar nuestros orígenes en Japón en donde intentamos atender a una élite que se modernizaba y occidentalizaba.

Generalización excesiva de la categoría “burgués”

Esta concepción burguesa de la vida y misión marianista pueda ser verdadera y un tanto ambigua para tantas importantes fundaciones en el extranjero y para la mayoría de Francia durante la Tercera República y la época del P. Simler. Sin embargo no pienso que se aplique a muchas otras situaciones históricas marianistas. En este sentido al primer volumen de la historia de Gascón se le puede criticar el ser un poco unilateral, el no valorar la importante dimensión de la preocupación social por los más pobres y marginados en nuestra historia.

Creo que Gascón generaliza demasiado cuando extrapola la categoría de burgués, tan característica de Francia al final del s. XIX, al menos en dos direcciones: 1) antes de tiempo, al usarla para la primera generación de la Compañía en Francia (cf. *supra*), y 2) al usarla para todas las otras áreas culturales fuera de Francia, incluyendo el desarrollo de la Compañía en América, Suiza, Austria, y Bélgica – países en los que la influencia dominante de la cultura francesa era más discutida.

Para entender el contexto social de nuestro carisma tenemos que mirar de cerca los hechos más que la retórica. De manera muy natural la retórica es controlada siempre por las capas más altas y educadas de la sociedad, que en el s. XIX quizás se puede decir que usaban un vocabulario burgués y producían una campaña de propaganda para alcanzar sus objetivos.

En realidad, nuestras primeras fundaciones fuera de Francia, en Suiza y los Estados Unidos y en cierta medida en los países de habla alemana, se aproximaron al modelo francés primitivo, orientadas hacia los campesinos y la clase obrera más que a lo equivalente a la burguesía francesa.

En particular yo argumentaría, de acuerdo con el estudio clave de Kauffmann sobre los Marianistas en Estados Unidos, que la Compañía de María en este país apenas se preocupó de la “clase media” hasta la Primera Guerra Mundial. Citando a Kauffmann, que evita la palabra *burgués*, Gascón intenta mostrar que los marianistas al final del s. XIX en la frontera de Tejas querían “educar en los valores burgueses de la disciplina, la moralidad, la ciudadanía y el respeto a la autoridad y a la propiedad” (pp. 519-20, nota 385). Los valores sin duda estaban presentes, pero no creo que nadie en América pensara que estos valores eran burgueses. La mayoría habría rechazado la etiqueta. Los estudiantes descritos en el texto de Kauffmann eran en su mayoría mejicano-americanos que venían de un trasfondo rural, y claramente pobres. ¿Qué se gana con considerarlos en cierto modo burgueses?

En resumen, el centrarse en la burguesía tradicional adinerada, según el modelo francés, no tuvo lugar en muchos lugares del mundo marianista. Lo que sucedió en cambio fue que los campesinos y obreros educados por los marianistas gradualmente ascendieron en la escala social y sus hijos fueron “clase media” pero sin muchas de las características de la burguesía europea tradicionalista, archiconservadora, adinerada. En

Estados Unidos, Canadá, Bélgica y en los países de habla alemana, los marianistas continuaron atendiendo sobre todo a los campesinos y a los obreros hasta la Segunda Guerra Mundial. En esos países, creo que el concepto de burgués usado por Gascón puede ser aplicado a los marianistas mucho más tarde, en el s. XX (quizás a veces en el período entreguerras), pero no durante el s. XIX.

Implicaciones para la comprensión de nuestro carisma

Creo que no se trata sólo de una cuestión de historiografía. Indica algo sobre nuestro carisma. La primera generación de marianistas se centró en los campesinos y en la clase obrera en un contexto de un catolicismo incondicional que intenta modernizarse. Chaminade de manera memorable se refiere a ellos como “las clases populares que son las más numerosas y descuidadas” (carta al Papa Gregorio XVI, 16 septiembre 1838). Algunos como Lalanne y Brougnon-Perrière querían dedicarse a la clase media más adinerada, pero su propuesta por lo general no se impuso hasta mucho más tarde y sólo en ciertos lugares.

En muchas de las primeras manifestaciones del carisma marianista y en el propio Chaminade, hay un impulso a favor de las personas más pobres, la clase trabajadora, e incluso a veces los socialmente marginados. Basta mirar a las fundaciones que el Fundador hizo y a las buenas obras que organizó para hacer realidad esto. El Beato P. Chaminade mismo tenía muchos contactos con la clase media adinerada, y no excluyó el servicio a la burguesía; pero ciertamente no la privilegió. La historia marianista no debe describir al Fundador y a sus primeros discípulos bajo la rúbrica de una categoría dudosa y definida de manera demasiado vaga, que puede ser apropiada sólo para épocas más tardías.

La historia de Antonio Gascón explora terrenos y es una historia de conjunto. Nos proporciona un instrumento sintético indispensable para todos los futuros estudios marianistas. Espero que los futuros volúmenes sean capaces de situar la obra de las sucesivas generaciones de marianistas dentro de un contexto social más preciso y matizado.

- David Fleming, S.M.
Octubre 2008

Traducción: Lorenzo Amigo

© *Mundo Marianista*